30º Domingo T.O. Ciclo A

REFLEXIÓN

Señor, Jesús, nos enseñas la religión del amor,
porque para Ti, el amor a Dios y el amor al prójimo,
son una realidad inseparable.

Nos enseñas que el amor no es un sentimiento abstracto
o una emoción superficial,
sino que el amor se encarna en la historia, en la vida.

El amor se hace gesto, palabra, ofrenda,
historia compartida, rebeldía contra la injusticia,
ternura y respeto hacia toda la creación.

Porque amar a Dios con todo el corazón,
con toda el alma y con toda la mente,
es reconocerle como origen y fin de nuestra existencia.

Por eso, nos disponemos a servir a Dios
en nuestros hermanos y hermanas,
con creatividad y alegría,
sabiendo que nos puede complicar.

Porque es imposible amar a Dios
y vivir de espaldas al grito
de nuestras hermanas y hermanos oprimidos y sufrientes.

Y porque sabemos que Dios no abandona su obra
ni nos abandona nunca,
porque, su ser mismo es amor.

“Como Dios que escucha el grito del que sufre,
también nosotros y nosotras debemos escuchar
y atender las necesidades de las personas”.